HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora, en Barcelona.

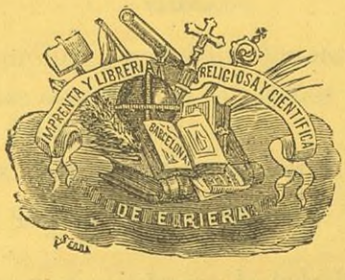
Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador núm. 24 y 26.

1877.

L47
1814

Cuaderno 42.

HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

C47-1814

—No me ocupo de la cosa pública, contesta Fructuoso; pero si el tal decreto á los cristianos se refiere, os declaro desde luégo que yo lo soy.

—Ignoras que el imperio tiene sus dioses.

—Os repito que, debiendo ocuparme de las cosas de la Iglesia, no me ocupo de las del imperio.

—¿Y tú qué religion tienes? pregunta Emiliano á Augurio.

—Yo adoro al Dios Todopoderoso; responde éste.

—Y adorarás tambien á Fructuoso ¿no es verdad?

—Yo no adoro á mi Obispo, sino al Dios que adora mi Obispo.

—¿Con qué tú eres obispo? dice preguntando á Fructuoso.

—Sí, lo soy; contesta el interpelado.

—Pues pronto no lo serás, exclama el Prefecto; y les condena á ser quemados vivos.

VALERIANO.

Camina Fructuoso hacia el suplicio, y al salir algunos fieles á ofrecerle un vaso de agua para apagar su sed, Fructuoso les observa que es viérnes y que quieren subir al patíbulo en ayunas en obsequio á la pasion del Señor.

Próximo á morir, uno de los cristianos llamado Félix, se acerca á Fructuoso, le estrecha cordialmente la mano y le pide que se acuerde de él. A lo que Fructuoso responde en alta voz:

—Mi deber en estos momentos es acordarme de toda la Iglesia universal.

Al ver la consternacion de los fieles, Fructuoso les anima y les dice:

—Consoláos, hijos míos; Dios no os dejará sin pastor.

El Obispo y sus dos ministros murieron extendidos los brazos en cruz para honrar así la muerte del Salvador del mundo.

Al propio tiempo moría martirizado Poncio, uno de los primeros obispos de los Alpes Marítimos, y Saturnino el obispo de Tolosa.

LXXXIX.

Calma la persecucion en época de Galiano.

Habiendo Valeriano sufrido una derrota junto á Edesa, extraviado por un traidor y atraído á una conferencia, fué hecho prisionero, el año 260. Este cautiverio duró hasta su muerte, siendo víctima de tratamientos los más salvajes. Cuéntase que Sapor se servía de él como de un estribo para montar á caballo, y que despues de su muerte, su piel curtida, rellena de paja y teñida de encarnado, estuvo colgada por espacio de varios siglos en la bóveda del principal templo de Persia.

Galiano, hijo de Valeriano, á quien éste asoció al imperio, empezó á gobernar solo desde la cautividad de su padre.

El primer día de su reinado ordenó suspender la persecucion que su padre expiaba de una manera bien terrible.

Hé aquí lo que escribía á los obispos para poner á salvo los lugares que servían de sepultura á los fieles y en los que se reunían para orar:

«Queremos que el beneficio acordado por nosotros se extienda á todo el universo y que todos respeten los lugares religiosos. Podéis, pues, proceder conforme á los términos de nuestro rescripto, sin que nadie tenga derecho á molestaros.»

En fuerza de las órdenes del Emperador, los lugares consagrados á sepultura que habían sido invadidos, fueron restituidos á los cristianos.

Pero en época de Galiano el imperio hallábase en completa descomposicion. «El Estado era presa de la rapacidad de multitud de usurpadores, numerosos tiranos sostenían entre sí encarnizada lucha, y ya rechazaban á los bárbaros, ya invocaban su apoyo contra las fuerzas del príncipe legítimo. Pronto no se supo siquiera donde estaba el imperio: las águilas romanas combatiendo contra las águilas romanas; las enseñas de los godos contra las enseñas de los godos... Cada provincia reconocía al tirano que tenía más cerca... Un retazo de púrpura era por la mañana el distintivo de un emperador, y por la noche el de una víctima, siendo alternativamente y en intervalos bien cortos, el adorno de un trono y de un ataud (1).»

Galiano acabó por ser víctima de aquella desorganizacion.

XC.

Reaparece la persecucion.

Ya Macrino había hecho de Valeriano un perseguidor; puede concebirse lo que sucedería cuando llegó al poder. Las disposiciones de Galiano en favor de los cristianos fueron derogadas.

En Cesarea un soldado distinguido, llamado Marin, á quien se le concedían siempre puestos de confianza cerca de los prefectos, y que gozaba de mucha consideracion por su cuna y por sus riquezas, iba á ser promovido al empleo de centurion, cuando un émulo le delata diciendo que es cristiano.

Llama á Marin el prefecto y le pregunta por su religion, á lo que contesta efectivamente que él no sigue otra que la de Cristo. El prefecto que le tiene en grande estima, le da tres horas para resolverse.

Marin encuentra por casualidad á Teotegno, su obispo, á quien refiere lo que le acaba de

(1) Chateaubriand.

suceder. Caminando juntos llegan insensiblemente hasta la iglesia, entran en ella, y el Obispo acompaña á Marin al altar. Allí le levanta la clámide de soldado, y poniendo una mano sobre la empuñadura de la espada y otra sobre el libro de los Evangelios, le dice:

—Querido Marin, es menester que elijas.

—Mi resolucion está tomada ya, responde valientemente; y extendiendo la mano sobre los Santos Evangelios, dice: Hé aquí por lo que me decido:

—Anda, pues, en paz, exclama el Prelado; sé constante en tu eleccion, únete á Dios, y Él te dará valor.

Preséntase al Prefecto, quien halagándole, dice:

—Vamos á ver, Marin; ya te has resuelto ¿no es verdad? ¿Qué es lo que tienes que decirme?

—Una sola cosa, y es que soy cristiano.

Acababa de pronunciar su sentencia. El Prefecto le manda inmediatamente al suplicio.

El distinguido y opulento senador romano Asterio asiste á la muerte de Marin, y sin temor de manchar su blanca y rica toga, carga con los sagrados despojos del mártir y le entierra con sus propias manos.

La persecucion se ceba en individuos del ejército, especialmente en Italia, donde domina Claudio, y en Roma, gobernada por los senadores.

En Terni, un jefe de milicias que tiene por nombre Claudio, y otros soldados, tienen que sufrir la muerte sin otro crímen que el de proteger á los cristianos.

En Roma se condena primero á trabajos forzados, y se sentencia despues á muerte á doscientos sesenta soldados cristianos escogidos de entre todo el ejército.

Una ilustre familia de Persia llega á Roma para que se le proporcionen reliquias de mártires, y encuentra allí el martirio.

En medio de la espantosa anarquía que reina en el destrozado imperio, las legiones del Danubio, por designacion del mismo Claudio, reconocen por emperador á Aureliano que, aunque de humilde alcurnia, se había distinguido por su valor. Por su inteligencia, actividad y energía merece el título de *Restitutor Orbis*. Vence á los francos, liberta á la Italia, obliga á la reina de Palmira á refugiarse en su capital, y se apodera de ella; todo el Oriente acaba por someterse al Emperador, y éste vuelve á Roma entre ruidosas aclamaciones.

Orgulloso con su fortuna, no contento con el poder imperial, aspiró á aparecer como una divinidad, y el que en sus principios habia sido tolerante, se declaró hostil á los cristianos.

No se tiene noticia de que formulara edictos de persecucion sino á las postrimerías de su reinado. Estos edictos no los necesitaba. Absoluto como era, para perseguir le bastaba con su voluntad. Ésta había acabado por ser la suprema y hasta única ley del imperio.

Cítanse en Roma algunos mártires en una época de su reinado que no se fija. Cuéntase entre éstos, Sabas, godo de nacion, radiante de juventud, de hermosura, adornada su frente de espléndida cabellera de color de oro. Se le delata como cristiano. Él renuncia sus empleos y honores, y sube al martirio con sesenta de sus soldados.

En las Galias el Emperador coloca á los cristianos en el número de los rebeldes, y se sacrifican allí gran número de mártires.

El despotismo pagano se ejercita tambien en Bizancio, en Efeso, en Cesarea de Capadocia.

XCI.

La legion Tebana.

A la muerte de Aureliano siguió un período de calma, precursor de la más terrible de las persecuciones.

El Cristianismo iba creciendo en todas partes, y en particular entre las filas del ejército.

Maximiano, emperador de violentas pasiones, pagano hasta el último extremo, profesaba un odio irresistible á los adictos al Cristianismo.

Había en el ejército una legion que la historia designó despues con el nombre de legion Tebana.

Organizada en tiempo de Trajano, la Tebaida era su sitio de guarnicion y donde solían reclutarse sus afiliados.

Las exigencias de la guerra contra los persas la llamaron á la Palestina, y más adelante tuvo que pasar á las orillas del Danubio, á efecto sin duda de la guerra contra Carino.

Su residencia en las regiones orientales dió lugar á que pudiese conocer el Cristianismo más libre allí que en otras partes, donde se practicaba admirablemente la fe, y donde los grandes recuerdos de la Religion estaban tan vivos en los corazones creyentes.

El hecho era que los 6,600 individuos de que se componía aquella legion eran todos cristianos.

Esta legion había tenido ya un mártir, su jefe Secundo, que por negarse á adorar á los ídolos, recibió la muerte.

El jefe de esta legion *(primicerius)* se llamaba Mauricio, con él iba el instructor Exuperio y el *Senador de los Soldados* Cándido, tres militares tan celosos en arraigar la fe como en sostener la disciplina.

Esta legion que los cristianos decían estaba compuesta de santos, los gentiles tenían de reconocer por su parte que estaba compuesta de héroes. Era gente animosa, de un valor bélico á toda prueba, dispuesta á desafiar toda clase de peligros; la mayor parte de ellos habían envejecido vivaqueando en los campamentos y arrostrando la muerte en los campos de batalla. No había sino un sentimiento superior á su bravura; era el de su fe.

Hasta entónces la legion se distinguía por su fidelidad.

Pero Maximiano les llamaba á Octodurum con una órden que hablaba de marchar contra cristianos rebeldes, y disponía un sacrificio idolátrico ántes de principiar la lucha.

Mauricio dice que ellos son soldados de un emperador, pero no ejecutores de los caprichos de un déspota; que estaban dispuestos á luchar, pero no á erigirse en instrumentos de un acto feroz de injustificable tiranía. Mauricio dispone que la legion se detenga á ocho millas de Octodorum, en Tarnada.

Maximiano no era hombre que se resignase á semejantes resistencias. Respirando sangrienta venganza, envió un mensaje diciendo que en efecto de lo que se trata es de ir contra los cristianos, y ordena desde luégo que sea diezmada la legion.

Estalla en el campamento de Mauricio una inmensa gritería. Todos protestan que si son los soldados de Roma, no son los soldados de los ídolos; que ántes que al Emperador deben fidelidad á su Dios.

Maximiano, noticioso de lo que pasa, ordena que sean diezmados por segunda vez.

No hacen resistencia. Como súbditos del Emperador se dejarán matar; pero nunca harán traicion á sus deberes de creyentes.

Los miembros de la legion envían al Emperador unas Letras en que se lee lo siguiente:

«Señor: Somos vuestros soldados, pero somos tambien servidores del Dios único y ver-

dadero... Nos honráis haciendo que pertenezcamos á vuestro ejército; Dios nos honra tambien haciendo que pertenezcamos á su fe. De vos recibimos el sueldo, recompensa debida á nuestras fatigas; de Dios recibimos la vida, don gratuito que jamas hemos merecido. Cuando Dios nos prohibe una cosa ¿creéis que debemos hacerla porque el Emperador lo manda? Mandad con justicia, y no encontraréis soldados más sumisos y más obedientes, dispuestos á emprenderlo todo por vuestro servicio y por vuestro honor. Mostradnos al enemigo y nos veréis correr á derrotarle; pero nunca volveremos nuestras armas contra unos vasallos vuestros que son nuestros hermanos. ¿Por ventura no son tambien romanos? La patria nos entrega las armas, no para que las empleemos contra los súbditos fieles del imperio, sino contra sus enemigos. Si obráramos de otra suerte, faltaríamos á la fidelidad que tenemos jurada á nuestro Dios, y faltando á la de Dios ¿qué seguridad tendríais de que habríamos de guardar la que á vos os juramos? Habéis mandado degollar á compañeros nuestros; nosotros les hemos visto caer al golpe de vuestras venganzas; estamos salpicados todavía de su sangre generosa; pues bien, sabedlo: ni de nuestros ojos ha caído una lágrima, ni nuestros pechos han exhalado un suspiro. El decreto de muerte nos ha sorprendido, pero no nos ha aterrado. Muy léjos de ello, les seguimos alégres rodeándoles con un coro de ferviente y unánime plegaria; les creemos más felices que nosotros, por haber sufrido por su Dios, que es el nuestro, y les tenemos envidia. Decid á nuestros verdugos que no teman nada de nuestra desesperacion: estamos dispuestos á morir, y respetaremos la persona del Emperador áun cuando sea él quien decrete nuestra muerte. De todos modos, sabréis ya que si se trata de derramar sangre de cristianos, no podéis contar con nosotros: los que no sabríamos vivir culpables, sabremos morir inocentes.»

Cumplieron su palabra. Cuando Maximiano, en el loco arrebato de su cólera, ordena que la legion sea exterminada, aquellos seis mil valientes, armados y acostumbrados á servirse de sus armas, no se resisten. Ven venir á sus matadores con la espada desnuda; ellos deponen las suyas y presentan la garganta á sus verdugos. La tierra aparece cubierta de cadáveres, arroyos de sangre corren por todos lados. Un solo hombre, dice san Euquerio, con una sola palabra hace matar á toda una legion de santos.

Víctor, uno de los veteranos de la legion, se hallaba ausente disfrutando de licencia. Encontrábase en el campamento de Maximiano el día de la ejecucion.

Al volver las tropas que habían realizado el sacrificio de la legion Tebana, aprovechándose de los despojos de los muertos que se les concedieron como botin, empezaron á celebrar una orgía y convidaron á comer á Víctor. Éste se llenó de horror al pensar que aquel banquete era el precio de una hecatombe de cristianos. Entónces le preguntan en medio de repugnantes risotadas, si cristiano era él tambien.

—Sí, lo soy, y lo seré miéntras viva; responde con entereza. Ébrios de vino y de coraje, se arrojan sobre él y le matan.

El ejemplo dado por la legion Tebana se renueva en distintos puntos donde impera Maximiano.

En Marsella, el cristiano Víctor, ántes de morir, induce á recibir el bautismo y despues el martirio á tres soldados que constituyen la guardia de su calabozo. En Cagliari, Efirio muere mártir despues de convertir á los soldados que mandaba. En Roma las matanzas de soldados fueron continuas. Un día se mata á treinta en la Vía Appia; más tarde se comete otro atentado semejante en la Vía Ardeatina. Zenon y los suyos tienen que cumplir la sentencia que se les impone, á causa de su fe, de ir á trabajar en las termas de Diocleciano, enviándoseles más tarde á morir en las aguas *Salviæ*, sitio que tenía ya su consagracion desde el martirio de san Pablo. Sebastian, jefe de una cohorte de *domestici*, despues de constituirse con sus admirables ejemplos y su irresistible palabra apóstol de sus soldados, de sus amigos y hasta de sus enemigos y de sus mismos jueces, dos veces condenado y dos veces ajusticiado sube á la gloria con una multitud de convertidos.

En Nicomedia perecen trescientos. En Cilicia, el tribuno Andrés y toda su cohorte que, despues de recibir el bautismo se retiran á la montaña, son sorprendidos en los desfiladeros de Taurus, elevan en comun al cielo una postrera plegaria, y, como los tebanos, se entregan sin resistencia á los verdugos.

Esto no era nada más que el prólogo de la persecucion universal.

En Tanger, el día de la fiesta del Emperador, el ejército es invitado á sacrificios paganos. El centurion Marcelo, al recibir la órden, arroja sus insignias, y exclama en presencia de la legion:

—«Yo, ántes que todo, soy soldado del Rey eterno, que es Cristo; si la condicion de los que empuñamos las armas es la de tener que sacrificar á los dioses y á los emperadores, aquí están las mías; yo no quiero servir.»

Se le hace comparecer ante el juez. Éste le lee la denuncia formulada contra él, y repitiéndole las mismas palabras que pronunció ante la legion, le pregunta:

—¿Es cierto que tú te expresaste en esta forma?

—Es cierto.

—¡Qué acto de locura fué el tuyo!

—No hay locura en temer á Dios.

—¿Es verdad que arrojaste las armas?

—Es verdad.

—Que le conduzcan inmediatamente al suplicio.

—Dios me ayudará.

Le preguntan por su nombre.

—¿Y qué os importa mi nombre? Básteos que os diga que soy cristiano.

Al oir la dignidad con que habla, diríase que el juez es el acusado y el acusado es el juez. Al morir, el encargado de anotar sus respuestas pide subir al martirio junto con él.

Nunca el martirio fué tan contagioso como entónces. Los pueblos conocían ya mejor el Cristianismo; ya no era tan posible como ántes envolverle en una nube de calumnias; habíanse desvanecido muchas preocupaciones.

Los mismos bufones que los déspotas mandan salir á la escena pública para hacer torpe mofa de los misterios de la fe, de cristianos de burla pasan á ser mártires de veras.

El mímico Ardalion, en Oriente, representando un martirio, sufre verdaderas torturas. El público admira su paciencia.

—Es que ya soy cristiano, exclama él, y se le condena desde luégo á morir en la hoguera.

XCII.

La gran persecucion.

Nos encontramos ya en el momento supremo de la lucha entre la vieja tiranía pagana y el Cristianismo. Estamos en la grande época de los mártires. Ántes de que llegara el triunfo, preciso era que la persecucion pusiera en juego todos sus medios, agotara todos sus recursos.

Era uno de aquellos períodos históricos en que la Providencia había de sacar á salvo á su Iglesia por medio de grandes sufrimientos.

Diocleciano, que desde una humilde posicion supo elevarse á los primeros puestos de la milicia, si al hallarse con la investidura de emperador se manifestó más hábil que justo, no hay duda que reunía á su experiencia un talento no comun. En cuanto á él, hubiera sido tolerante, no por aficion á los cristianos, sino por cálculo. No podía ocultársele que el Cristianismo en su tiempo constituía un hecho de gran trascendencia, y ya que no se simpatizara

con él, era al ménos indispensable consentirlo por el número é importancia de los que lo profesaban.

Pero Diocleciano se asoció á Galerio, que si fué valiente como soldado, era en cambio hombre rudo y de ardientes pasiones.

Miéntras Diocleciano consideraba la persecucion como una demencia, Galerio la creía la única medida salvadora, sólo que en su concepto era menester darla unas proporciones que hasta entónces no había tenido.

Hubo de estallar la disidencia entre Diocleciano y Galerio. Éste defendía su parecer con todo el ardor de un césar jóven, miéntras que Diocleciano, hallándose ya en un período de decaimiento, sentíase faltado de esa fuerza de voluntad que necesitaba para sostener sus resoluciones.

Por vía de concesion dijo á Galerio:

—Pues bien; no habrá cristianos ni en palacio ni en el ejército.

Ya era conceder mucho; pero Galerio no se satisface con estas concesiones.

—Reunamos un consejo, dice el jóven César.

Los jefes de las tropas, los grandes dignatarios de Roma, deseosos de complacer al sol que nace, se declaran por la persecucion sólo porque Galerio lo quiere.

—Consultemos á Apolo, dice despues Galerio.

Claro es que las supercherías atribuídas á la divinidad pagana estarían en favor de los que trataban de vengar las preocupaciones idolátricas.

Despréndese desde luégo que el Cristianismo ocupaba con preferencia á todos los hombres políticos de aquel tiempo.

Diocleciano, débil como era, cede, pero no todavía del todo.

Galerio quiere que se obligue á todos sin distincion á sacrificar, y que el que no sacrifique sea quemado vivo.

—No, dice el viejo Diocleciano; nada de suplicios. Destruyamos las iglesias y quememos los libros cristianos.

El 23 de febrero del año 303 el prefecto de Nicomedia, acompañado de su policía, va á la iglesia cristiana, cierra la puerta, busca la imágen de la divinidad á la que se da culto, pero no encuentra ninguna, se posesiona de los libros sagrados, los quema, y la visita concluye con un saqueo.

Desde lo alto de su palacio Diocleciano y Galerio contemplan la iglesia cristiana, que está situada en una eminencia de la ciudad. Galerio opta porque se incendie el templo, Diocleciano quiere que se derribe, pero sin incendiarlo, porque corren peligro las casas vecinas.

Los pretorianos armados de sus hachas se encaminan á derruir la iglesia como si se dirigiesen á un simulacro. Pocas horas despues había desaparecido.

Al propio tiempo (febrero del 303) se publica en las provincias un edicto en que se ordena que desaparezcan los templos cristianos, que se destruyan los libros sagrados, que los que perseveren en el Cristianismo, si ocupan un destino público, lo pierdan inmediatamente, y sean sometidos á la tortura como si fuesen esclavos; que todo cristiano de condicion ordinaria sea reducido á esclavitud. Un cristiano, por el solo hecho de serlo, no tendrá accion en ningun tribunal; toda queja contra un cristiano será admitida sin exámen.

Un fiel de Nicomedia, al ver fijado el edicto, lo arranca, y dice:

—Hé aquí á lo que se reducen hoy vuestras victorias sobre los godos y sobre los sármatas.

Se le prende inmediatamente, se le sujeta á la tortura, es asado á fuego lento y despues echado al agua. Muere con una paciencia, una alegría y un valor indescriptible.

Estalla un incendio en el palacio. Galerio no tiene que hacer más que copiar á Neron.

—¿Quién puede ser el culpable sino los cristianos? Ellos son los que, de acuerdo con algunos dependientes de la casa imperial, se han propuesto hacer morir en las llamas á los dos Emperadores.

Lo que para Galerio constituye una evidencia inspirada por la ceguedad de su pasion, para Diocleciano no pasa de mera sospecha. Sin embargo, realiza medidas de venganza, estimulándole á ello Galerio. Servidores del Emperador, oficiales de palacio y hasta prefectos comparecen ante Diocleciano y son sometidos al tormento.

Quince días más tarde tiene lugar otro incendio en el palacio. Tampoco se averigua quién es el autor. Esta vez Diocleciano va tan léjos como Galerio desea. La esposa y la hija del Emperador, cuyo cristianismo era, ó ignorado, ó consentido, se ven forzadas á apostatar, y tienen la debilidad de hacerlo. Algunos de sus servidores que habían sido objeto de su confianza, no ocultan su fe, y mueren entre horribles tormentos. Uno de ellos, llamado Pedro, primero es azotado hasta cansar al verdugo, despues se inundan sus llagas de sal y vinagre, y por fin su cuerpo es asado en las parrillas.

A fin de reconocer á los cristianos, al pié de cada tribunal se erige un altar consagrado á los ídolos, y al principio de cada proceso, sea de la clase que sea, el reo, el acusador, el testigo, ántes de ser oídos, tienen de sacrificar á los dioses.

La esclavitud, el tormento no era todavía bastante; para satisfacer la sed de sangre de Galerio precisaba dar un decreto de muerte contra todos los cristianos en general. Diocleciano áun se resiste; pero se acude á una estratagema. Se pone en juego una vez más un oráculo de Apolo. Se le hace oir al Emperador una voz que dice:

—Hombres justos que habitan sobre la tierra me impiden decirte la verdad.

—¿Y qué justos son éstos? pregunta Diocleciano.

—Los cristianos, contestan los sacerdotes gentiles.

El infeliz Emperador, víctima de la supersticion idolátrica, dominado por el miedo, pone el sello imperial en un edicto (304) en que ordena á todos sin distincion de clases, sexo ni condicion, que sacrifiquen á los dioses bajo pena de muerte.

Hubo, como siempre, cristianos cobardes, pero éstos fueron en número bien pequeño; la inmensa mayoría supo cumplir con su deber, y si se encontró, por ejemplo, en África, quien entregase el depósito de las Sagradas Escrituras, no faltaron muchos que escribieron con su sangre el anatema pronunciado por la Iglesia contra los *traditores*. Entre otros, el obispo Félix muere diciendo á los que le preguntaban si él los guardaba:

—Los libros cristianos yo los tengo; pero no los entregaré jamas.

Un gran número de creyentes que son conducidos ante el procónsul, á las multiplicadas preguntas acompañadas de tormentos que se les dirigen, se limitan á contestar sencillamente con estas frases:

—Los libros cristianos, sí, yo los tengo; pero guardados dentro de mi corazon. A la asamblea cristiana, sí, yo he ido; pero con plena libertad, sin que me forzara nadie... La asamblea cristiana, el *dominicum*, sí, lo hemos tenido en mi propia casa; nosotros no nos podemos pasar sin él, la ley lo exige... Sí; yo en mi casa he recibido á mis hermanos; eran mis hermanos; yo no debía rechazarlos.

La ofrenda de sí mismo, el entusiasmo por subir al suplicio que la Iglesia reprobaba por punto general como una temeridad presuntuosa, pero que respetaba en algunas ocasiones como inspiracion del Espíritu Santo, nunca fué tan frecuente como en aquella gigantesca lucha en que cada cristiano había de ser un héroe. Aquella temeridad sublime era indispensable para contrarestar el mal efecto producido por la cobardía del pequeño número que desertó las banderas de la fe en la hora del combate.

El diácono Romano, pasando por Antioquía, encuentra á una multitud de fieles que se encaminan hacia el sacrificio idolátrico; quizas ve allí algun apóstata, y lleno de indignacion les reprocha su modo de proceder. El juez le condena á ser quemado; y como el verdugo tardase en encender la hoguera, el animoso mártir pregunta con el sonrís en los labios:

—¿Pero y este fuego, dónde está?

El mismo Diocleciano, que se hallaba accidentalmente en Antioquía, ordena que le cor-

ten la lengua. El mártir la presenta inmediatamente. Sufre despues muchos meses de cárcel, y por fin muere estrangulado.

Eusebio refiere haber visto él mismo en la Tebaida como despues de una ejecucion se presentaban multitud de cristianos ante el tribunal, proclamaban su fe, recibían la sentencia riendo, y se dirigían al suplicio cantando himnos de accion de gracias. Cuenta haber presenciado en la ciudad de Gaza, en una fiesta en que habían de servir de espectáculo muchos cris-

MÁRTIRES DE LA LEGION TEBANA.

tianos echados á las fieras, como se presentaron seis jóvenes, las manos atadas á la espalda como cautivos voluntarios, diciendo al procónsul próximo á dirigirse al anfiteatro, que ellos tambien eran cristianos, y que tenían derecho á la gloria del martirio. En Tiro contempló tambien el famoso historiador unos mártires que, desnudos en medio del anfiteatro, se presentaban tan animosos, que llegando á provocar á las fieras mismas que se arrojaban contra ellos, éstas se volvían con preferencia contra los idólatras destinados á excitarlas. Un jóven

de veinte años de edad, puesto en pié, sin ataduras, abiertos los brazos en forma de cruz, esperaba á los ososy á los leopardos. Éstos llegaban á él hambrientos, furiosos; el jóven no retrocedía ni un paso; las fieras acababan por detenerse á su presencia, y al fin se volvían como obedeciendo á una fuerza desconocida. Un toro, enfilando en sus astas á un infiel, lo hacía volar por el aire, cayendo en tierra medio muerto; pero al hallarse ante un mártir, se pára, empieza á patear el suelo, con sus cuernos remueve fuertemente la arena; y á pesar de que se le excita, se le aguijonea con un hierro candente, concluye tambien por retroceder. El hacha del verdugo tiene que consumar lo que se ha resistido á hacer la fiera.

Tres mártires cubiertos de llagas, incapaces de andar por sí mismos, son arrastrados al anfiteatro. Las fieras corren á devorarlos, pero luégo se detienen ante aquellos hombres echados en la arena y terminan besándoles suavemente los piés.

Por órden del Emperador toda una ciudad de Frigia, inclusos sus senadores, sus magistrados, el curador mismo que se negó á sacrificar, es circuida de tropas, y luégo quemada, muriendo allí abrasados todos sus moradores.

En la Tebaida, refiere Eusebio, que hay días que se inmolan diez mártires, otros veinte, y en algunos las víctimas llegan al número de sesenta y hasta de ciento.

Con esta serie de atrocidades se va preparando el hundimiento del imperio. En vez de las medidas de sabiduría de un Trajano, de un Antonino, de un Marco Aurelio, las hecatombes de Galo, los actos de barbarie de Valeriano, el mar de sangre de Galerio y de Diocleciano.

Era un período de terror con que había de acabar aquella época histórica.

Las antiguas garantías de los pueblos sustituídas por un repugnante cesarismo; en lugar del prestigio del Senado, la sede imperial, Roma, el imperio todo á disposicion de una soldadesca ebria de pasiones; sin más recurso contra los déspotas que el puñal asesino que blandían en sus manos los que aspiraban á ser déspotas á su vez.

En su vergonzosa ceguera no supieron ver aquellos césares que en aquel mar de sangre acabaría por ahogarse el imperio entre la reprobacion universal de sus súbditos y el anatema de la historia.

XCIII.

RESÚMEN DEL TRATADO SEGUNDO.

Combates, defensas y victorias de la Iglesia.

COMBATES.

Persecucion por Trajano, año 107.—Persecucion por Marco Aurelio, año 164.—Persecucion por Severo.—Persecucion por Maximino.—Persecucion por Galo.—Persecucion por Decio.—Persecucion por Valeriano.—Persecucion por Aureliano.—Persecucion por Galerio y Diocleciano.

Mártires principales. Ignacio, obispo de Antioquía.—Ireneo.—Faustino y Jovita.—Felicitas y sus siete hijos.—Leónidas.—Hipólito.—Poliuto.—Cipriano.—Sixto y Lorenzo.—Mauricio y la legion Tebana.—Fermin.—Crepino.—Sebastian.—Víctor.—Dionisio.—Vicente.—Cortesanos cristianos de Diocleciano.—Eulalia.—Fructuoso.—Justo y Pastor.—Eufemia.

Escritores adversarios. Basílides. — Papias. — Marcion. — Bardesano. — Montano.—Praxeas.—Hermógenes.—Novato.—Sabelio.—Manes.—Hierax.

DEFENSAS.

Varios Concilios particulares en diversos puntos de Europa, Asia y África.

Escritores fieles. Ignacio.—Cuadrato.—San Justino.—Meliton.—Egesipo.—Policarpo.—Jaciano.—Hermias.—San Ireneo.—San Policarpo.—San Clemente de Alejandría.—Tertuliano, aunque claudicó en alguno de sus tratados.—San Hipólito.—Minucio Félix.—Amonio.—San Gregorio Taumaturgo.—Orígenes, aunque claudicó en determinados puntos.—San Cipriano.—Metodio.—Arnobio.—Lucio Cecilio Lactancio.

Papas. Evaristo.—Alejandro I.—Sixto I.—Telesforo.—Higinio.—Pío I.—Aniceto.—Sotero.—Eleuterio.—Víctor I.—Ceferino.—Calixto I.—Urbano I.—Ponciano.—Antero.—Fabiano.—San Cornelio.—Lucio I.—Estéban I.—Sixto II.—Dionisio.—Félix I.—Eutiquiano.—Cayo.—Marcelino.—Marcelo I.

Grandes hombres. Atenágoras.—Gregorio Taumaturgo.—Todos los escritores y la mayor parte de los mártires y papas mencionados.

VICTORIAS.

Conversiones. Aaron.—Adrias.—Agapeto.—Albano.—Alejandro.—Ambrosio.—Anastasio.—Appiano.—Berilo.—Cecilio.—Cereal.—Claudio.—Clemente de Alejandría.—Cipriano.—Dionisio.—Poaldo.—Eustaquio.—Faustino.—Fermin.—Flaviano.—Gregorio Taumaturgo.—Heraclio.—Hermolaüs.—Hipólito.—Justino.—Lactancio.—Lucio.—Marciano.—Maris.—Maturo.—Mauro.—Niceto.—Nicon.—Numecio.—Olimpo.—Oronto.—Panfilo.—Pantaleon.—Phileas.—Plutarco.—Poliuto.—Ponciano.—Chirino.—Revocado.—Romano.—Rufo.—Sarbelo.—Saturnino.—Secundo.—Serotino.—Sulpicio.—Sinforiano.—Thamel.—Teodoro.—Teódulo.—Teófilo.—Tiburcio.—Valerio.—Valeriano.—Víctor.—Victorino.—Zózimo.

TRATADO TERCERO.

PERSECUCIONES DE LA ÉPOCA DE CONSTANTINO HASTA JULIANO EL APÓSTATA.

I.

Un nuevo horizonte va á desarrollarse á nuestra vista. El árbol plantado en el Calvario y regado con la sangre de millares de mártires en las catacumbas y en los anfiteatros paganos, manifestará á la luz del día la vegetacion de sus ideas y hará ostensibles los frutos de virtudes morales hasta entónces desconocidas. La evangelizacion apostólica aparecerá realizando en la civilizacion cristiana el bello ideal concebido por las anteriores edades. Y surgiendo de las ruinas del gentilismo las bases de un nuevo imperio, admiraremos la fecundidad de la savia doctrinal y moral de las instituciones católicas. La renovacion de la paz de la tierra debida al soplo del Espíritu Santo empezó á ser un hecho, cuando el credo de los mártires fué el de los pueblos y el de sus reyes, creándose costumbres sociales en perfecta analogía con los dogmas religiosos.

No pudieron ya los ídolos sostenerse por más tiempo sobre los pedestales carcomidos por la accion disolvente de las pasiones, ni pudo resistir la constitucion gentílica á las vivas protestas de la conciencia pública, ilustrada por tres siglos de sacrificios cristianos.

Al caer los ídolos levantóse la cruz, para desde los altares del Capitolio sostener con sus dos brazos la trabazon del nuevo edificio religioso y social del Oriente y el Occidente.

Fatigas de un nuevo género debieron arrostrar los trabajadores de la viña evangélica en la que nosotros llamamos la tercera época en la historia de la evangelizacion del mundo; pues el espíritu de herejía, por una parte, y por otra los esfuerzos póstumos del paganismo galvanizado, dificultaron la marcha de la edificacion cristiana é impidieron la pacífica colaboracion de todas las fuerzas vivas á la nueva constitucion de la sociedad.

El espíritu diabólico y el genio de la rebeldía dieron á la persecucion una forma correspondiente á la nueva faz que presentaba la Iglesia divina, la cual no pudo renunciar á su carácter militante.

De todos modos, á pesar de las astutas oposiciones, vióse como «en el comienzo del siglo IV, la Religion cristiana, saliendo de las tinieblas y elevándose casi hasta al trono, por primera vez influyó, gracias á la union de sus prelados y doctores, en la ciencia, en las leyes y en las costumbres del imperio, y las reformó. Y bien que se propuso destruir donde quiera todo lo viejo y crear cosas nuevas, en ninguna parte se la vió destruir sino el vicio y el error. Mas, como efecto de su peculiar virtud, pudo observarse como todo lo sometía dulcemente, todo lo corregía, todo lo completaba, echando al final de aquel mismo siglo los fundamentos de esta sociedad, de cuya civilizacion se vanagloría, atribuyéndola por ignorancia é ingratitud, gravemente reprensibles, á invenciones de la prudencia humana (1).»

En los períodos historiados hasta aquí, hemos visto al Cristianismo perseguido por la fuerza brutal, y á sus adeptos inmolados por la espada de los tiranos. Sus doctrinas odiadas

(1) Pio IX; carta á Mr. Alberto Broglie, con motivo de su obra sobre la Iglesia y el imperio romano.

sin ser discutidas eran rechazadas con horror de las escuelas oficiales y su profesion imprimía un sello de aversion á quien quiera tenía la firmeza de expresarla.

A partir del siglo IV, la doctrina cristiana fué contada en el número de las doctrinas admisibles por la sociedad, y el Evangelio considerado como un código religioso capaz de realizar el bello ideal de los pueblos. La cristiandad se presentó compacta y numerosa, ostentando en su frente las cicatrices de anchas y cruentas persecuciones, como testimonial glorioso de su constancia. En tres siglos de padecer sin sucumbir, había probado que no merecía el desprecio de los paganos, puesto que alcanzó vencer sin auxilio alguno político y administrativo.

Indudablemente el Cristianismo fué llamado por la representacion viva de la política y de la fuerza imperiales á reinar en la sociedad. La Iglesia no mendigó el trono. El imperio alargó á la Iglesia el cetro de las conciencias y de las leyes. Constantino se postró ante Silvestre. Érale imposible al mundo pagano respirar por más tiempo el aire inficionado por las pasiones divinizadas. Las virtudes domésticas y sociales de los cristianos ponían en relieve el paralelo de dos civilizaciones, incrédula y disolvente la una; creyente y organizadora la otra; y el instinto de conservacion preparó á la sociedad á apoyar la tendencia cristiana.

II.

Constantino.—Entronizacion.—Edicto de libertad.—Dualidad de tendencias entre Constantino y Licinius.

Las vicisitudes políticas y militares del reino de Diocleciano llevaron á la escena pública un caudillo afortunado á quien la divina providencia tenia reservado un importante papel en los anales del Cristianismo. Constantino, hijo de Constancio y de Elena. Su padre no era más que un general distinguido, cuya modesta fortuna le valió el apodo de *el Pobre;* su madre, era una modesta mesonera, cuyas virtudes le dotaban de una nobleza, que formaba notable contraste con la oscuridad de su linaje. Cuando el emperador Diocleciano llamó á Constancio como á partícipe de su imperio, Elena fué repudiada por su esposa, y Constantino confinado á Nicomedia.

Sin embargo, en su ostracismo fueron tan ostentosas las raras cualidades que le adornaban, que pronto vióse rodeado de las atenciones sólo consagradas á soberanos. El mismo Diocleciano nombróle tribuno de primer órden.

Constancio y Galerio ocupaban la dignidad de Césares, cuando la abdicacion de Diocleciano les encumbró á la de Augustos, y entónces, por las intrigas palaciegas, cuya urdimbre es la ocupacion habitual de los políticos de oficio, Constantino fué echado al olvido y la dignidad cesárea otorgada á dos favoritos, ajenos á la familia imperial; tales eran el corrompido Flavio Severo, y Maximino Daya, sobrino de Galerio, de quien Lactancio dice: «que apénas salido de los bosques, dejó los rebaños de bestias para apacentar á los pueblos (1).»

Profundo disgusto causó á las legiones la desatencion de que fué víctima Constantino, quien tenía conquistadas las simpatías de los soldados; pero, sobre todo, su padre Constancio sintióse herido en su honra y en sus cándidos afectos, al saber la audacia con que su colega había burlado y sorprendido sus legítimas aspiraciones.

Pero el gobierno de las Galias, á cuyo frente se hallaba el colega de Galerio, entrababa su accion.

Constantino hubo de permanecer en la corte de su enemigo, disimulando la repugnancia que le causaba el carácter inhumano de Galerio, y siendo testigo de las maquinaciones urdidas por los palaciegos contra los cristianos. No porque fuese todavía cristiano el hijo de Ele-

(1) Lactancio, *De mort. pers.*

na; sino porque dotado de un corazon exquisito, deploraba aquellas medidas, que tendían á exasperar y perjudicar á una porcion de ciudadanos, cuya honradez y moralidad tenía en justo aprecio.

Galerio presentía la peligrosa rivalidad del desdeñado guerrero, y no osando atentar públicamente contra su vida, confiaba que el valor y arrojo de su víctima designada le libraría de él, en alguno de los frecuentes hechos de armas en los que figuraba. Unánimes los cronistas de aquel tiempo, encomian la valentía de Constantino, quien en las batallas contra los Sármatas, más bien parecía invulnerable furia, que caudillo mortal.

El creciente desfallecimiento de la salud de Constancio obligó á Galerio á dar á Constantino la permision de trasladarse á las Galias; bien que, arrepentido de esta condescendencia, envió emisarios á su alcance. Tardía determinacion, porque preveyéndola Constantino había inutilizado cuantos caballos de posta no podía llevarse consigo en su largo itinerario.

Cuando Constantino dejó la corte de Galerio, donde quiera se oían los lamentos de los cristianos; y en todo el decurso de su viaje pudo contemplar, como trofeos de la tiranía imperial, cadalsos levantados para el suplicio de los inofensivos creyentes en el Evangelio.

Constancio no había secundado el furor anticristiano de Galerio. Las órdenes venidas de Nicomedia no eran ejecutadas en la Galia, sino tan parcamente, que toda la persecucion se redujo á algunas aparentes demostraciones. Eusebio dice que Constancio dejó á los cristianos que tenían cargos en su corte la eleccion entre sacrificar á los ídolos ó perder el empleo; y que á los que obtaron por este extremo, los destituyó declarando que los capaces de abandonar y hacer traicion á su Dios y á su conciencia fácilmente serían infieles á su soberano.

Las Galias experimentaron la inteligencia y la bondad del régimen de Constancio, reinando en aquellas provincias el más puro contentamiento.

Constantino llegó á *Bolonia del Mar,* llamada entónces *Gessorinnus,* donde su padre, á pesar de su decrepitud, iba á embarcarse al frente de una expedicion á las islas británicas. Apenas comenzadas, bien que prósperamente las operaciones militares, Constancio sintióse rendido de fatiga en York, la antigua *Eboracum;* y rodeado de sus cinco hijos menores, habidos de su segunda mujer, recomendóles á la proteccion de Constantino, y murió.

Apénas sabedor el ejército de la muerte de Constancio, reclamó expontáneamente al hijo de Elena como á soberano, Augusto. Costantino aceptó el voto de las armas y del pueblo, é investido de la púrpura, presidía la apoteosis de su padre; como quiera que, siendo áun pagano, no quiso prescindir de sancionar la divinizacion del autor de sus días.

Uno de sus primeros actos como soberano fué conceder la libertad al culto cristiano, y solidar la pacificacion de todas las Galias, fortificando admirablemente las orillas del Rhin, venciendo las más aguerridas tribus de bárbaros que en ellas acampaban, y haciendo morir en lid con tigres y panteras en público espectáculo Ascario y Bagueso, dos de sus más intrépidos cautivos. ¡Rapto de crueldad impropio de un corazon noble como el suyo!

En el apogeo de su gloria Constantino recibió la inesperada visita de Magencio, hijo de Maximiano Hércules, excluído tambien del trono por celos de Galerio.

Magencio proponía una alianza íntima con Constantino para destronar á Galerio, quien se había hecho ya insoportable al imperio. Como á prendas ó garantía ofrecía Magencio á Constantino en nombre de Hércules, su padre, la dignidad de Augusto, que Galerio le negaba, y la mano de Fausta, princesa oriental, famosa, así por su hermosura, como por sus privilegiadas cualidades.

Hay aquí una página oscura de la vida de Constantino. ¿Qué carácter tuvieron las relaciones de Constantino con Minervina? ¿Hubo un reprochable concubinato entre el hijo de Elena y la madre de Crispus? Aunque encomiada universalmente la probidad del césar de las Galias, el libertinaje pagano autorizaba ciertas bajezas que la civilizacion cristiana juzga perfectamente imperdonables. De todos modos Fausta se desposó con Constantino por intervencion de Magencio.

Hércules y Magencio, explotando el descontentamiento del ejército y del pueblo contra Galerio, prepararon una sublevacion general, que les dejó libre el campo sin necesidad de lucha. Pero dueños de Roma Hércules y Magencio se declararon rivales, presenciándose el escándalo de una lucha vil de un padre contra el hijo, disputando en presencia de una asamblea degradada como ambos.

El padre, ahuyentado por los soldados seducidos por el hijo, va, viene, abre negociaciones con Galerio, que ha destronado, con Diocleciano Augusto, dimisionario, y viendo todos las puertas cerradas á su sed de venganza, llama á la de la magnanimidad de Constantino, que le da hospicio en su alcázar.

Hércules abusó de la noble hospitalidad maquinando la perdicion de su generoso protector, aprovechando la ausencia de Constantino, ocupado en expediciones militares en los campos de Germania, para apoderarse de los tesoros imperiales, seducir algunas legiones y vestirse la púrpura. Pero el ejército de Constantino, irritado á la noticia de tan vil afrenta, regresa precipitadamente. Los soldados resistían todo descanso, y convirtiendo en alas el anhelo de venganza de que se sentían poseídos, pasan como una exalacion por Chalons, por Arles, y aparecen ante Marsella, desde cuyas murallas Hércules se aprestaba á la defensa.

Pero Marsella abre las puertas á Constantino, y el usurpador es despojado de su púrpura. Único castigo que sufre su villanía.

Hércules concibió el proyecto de obtener por el asesinato lo que jamas pudiera alcanzar por arranques de genio ó por intrigas políticas, ya que para lo primero le faltaba talento, y para lo segundo los elementos que sólo se obtienen por sólida popularidad.

Intentó seducir á Fausta, su hija, la esposa de su víctima designada. Expúsole las ventajas de deshacerse del que era obstáculo á la realizacion de sus planes, y propúsole al efecto que le facilitara la entrada del cuarto de Constantino por la noche, para poder á mansalva darle la muerte.

Fausta, sin negar á su padre la concesion de sus pretensiones, enteró de ellas á Constantino, quien mandando á un esclavo se acostara en su lecho, dispuso quedaran abiertas las puertas del regio dormitorio, con que se facilitó la furtiva entrada en él del vil asesino. A la hora convenida introdúcese éste en la cámara de Constantino y descarga golpe mortal en el corazon del esclavo, saliendo precipitadamente y exclamando: «El mundo queda libertado de su tirano.»

Entónces aparece Constantino, y, con sorpresa de Hércules, manda á sus soldados se posesionen del traidor, que recibe órden de dar por sí mismo fin á sus días.

Si bien Zozimo y Gibbon niegan la parte de esta tragedia que se relaciona con el lazo tendido por Fausta á su padre, todos los historiadores convienen en la traicion y castigo de Hércules.

Por aquellos días, que eran los del año 311 de la era cristiana, murió Galerio, dejando el imperio dividido en manos de cuatro emperadores. Licinius y Daya en Oriente; Constantino y Magencio en Occidente. Todos se llamaban Augustos, esto es, independientes, soberanos absolutos.

En Oriente, Licinius y Daya celebraron una concordia; los dos emperadores de Occidente, Magencio y Constantino, dominaban, aquél la Italia y el África, éste la Galia y España.

Magencio perdió pronto la popularidad que un día disfrutara. Sus costumbres disolventes, su administracion desconcertada, su gobierno despótico le enajenaron todas las simpatías. Las damas romanas se sentían alejadas del alcázar cesáreo por la lascivia del soberano; objeto de la rapacidad de sus agentes eran los bienes de los ciudadanos pacíficos, y sólo la bárbara soldadesca merecía las consideraciones del degradado soberano.

Los romanos comparaban el desórden administrativo de las provincias itálicas y de las africanas con los de la Germania, las Galias y la España; y fácilmente descubrían la inmensa superioridad del gobierno de éstas con respecto al de aquéllas. Constantino se hacía cada día

más deseado y Magencio más aborrecido; sin que fueran capaces las nubes de la adulacion á impedir que llegara á la conciencia del tirano la luz de la verdad. Oyó Magencio los votos del pueblo y del ejército favorables á su rival, y tomando pretexto de la muerte de Hércules, su padre, que él mismo había alejado de Roma, preparó una lucha decisiva entre ambos imperios occidentales.

Ante esta provocacion Constantino organizóse, no sólo para la defensa, sino tambien para el ataque.

Determinado á tomar una vigorosa iniciativa el caudillo de las Galias, pasó los Alpes al frente de un ejército de unos cien mil hombres de todas armas. Mucho más numeroso era el ejército que iba á combatir; bien que la estricta disciplina y la omnímoda confianza de los soldados á su jefe acrecentaba la importancia del número. Por otra parte, Constantino, dotado de perspicacia política, se había asegurado de la amistad y alianza de los emperadores orientales. Astutos, y, segun hoy llamaríamos, expertos diplomáticos, prepararon el ánimo de muchos senadores, sembrando en Roma sentimientos de simpatía para con el invasor.

Pero el verdadero peligro de la empresa de Constantino estaba en el carácter mismo de la invasion. Atacar la ciudad de Roma, asaltar el Capitolio, envolvía una especie de sacrilegio que alarmaba las conciencias de muchos generales y resfriaba el ardor hasta de los soldados.

En aquellos momentos Constantino sintió la necesidad de un auxilio extraordinario, sobrenatural. Como ya no creía en los dioses, tampoco podía esperar en ellos. La proteccion de númenes, cuyos crímenes le constaban, presentábasele como una pobre garantía.

Con una simplicidad de alma, sorprendente en un gentil, elevó los ojos al cielo, pidiéndole se dignara inspirarle qué divinidad debía invocar para ser atendido.

El historiador Eusebio cuenta la aparicion disfrutada por Constantino. Al ponerse el sol de un día agitadísimo para la imaginacion del guerrero, vió pintada en el firmamento una cruz brillantísima con una inscripcion que decía: «*Venced por esta señal.*» Algunos caudillos de su ejército disfrutaron de igual aparicion; confirmada por la noche con otra aparicion habida en sueños, mediante la que Jesucristo se le presentó llevando en su mano la cruz vista en el firmamento y ordenándole mandara construir un estandarte que fuera copia de ella, asegurándole la victoria en premio de su fidelidad.

Constantino dió á sus artistas una inscripcion detallada de lo que vió con órden de elaborar la nueva enseña de su ejército. Era ésta una larga pica dorada con un travesaño en su parte superior. La pica ó lanza estaba coronada por una diadema de oro y diamantes, en cuyo cerco se esculpieron las dos primeras letras griegas del nombre de Cristo, en esta forma ☧ De la barra transversal pendía un velo de púrpura bordado con piedras preciosas, de forma cuadrada. Las imágenes del Emperador y de sus hijos se bordaron ó pintaron en el lienzo ó velo. Este estandarte se llamó *el labarum*. Enarbolándole Constantino colocó á Jesucristo á la cabeza de todos los estandartes del ejército, y como dominando á todos aquellos dioses que *tenían ojos y no veían, orejas y no oían*, égidas impotentes para dar la victoria.

Probablemente Constantino no abrazó todavía en su alma la fe cristiana, cuyos dogmas le eran á lo más vagamente conocidos. Vislumbraba un nuevo horizonte religioso, que le era simpático á causa de la edificante conducta de los cristianos. Convenía en la posibilidad de una religion más sólida, más sencilla, más digna; aunque lo acontecido, milagroso sin disputa, no aclaraba por completo el camino de su fe.

Estas escenas religiosas no retardaron sus operaciones militares. Los soldados cayeron como una tromba improvisada sobre Susa, que no resistió un día entero al empuje de los invasores. Otro día no más le costó la toma de Turin, cuya ciudad le abrió las puertas sabedora del insigne triunfo conseguido á sus cercanías sobre los soldados de Magencio.

Milan le acogió con manifestaciones de júbilo. Un ejército enemigo se fortificó en Verona; pero Constantino, con hábiles maniobras, que tomaron por base el Pó y el Adige, obligó la rendicion incondicional de aquella plaza.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su Población hasta nuestros días. Colección de litografías representando los acontecimientos notables históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño ancho de folio, de papel blanco y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. —Al dorso de cada lámina, y a dos columnas, va su texto esplicativo.

El precio de cada entrega es el de 6 rs. en toda España, remitidas por el correo a otro conducto, de manera que no pueda malograrse. —En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 81 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primeros tiempos hasta nuestros dias, por D. Víctor Ortiz de la Vecilla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, o 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia y pueblos de España en gran pequeño, (forma y papel), y adornada de todas las fortunas y de todas las fatalidades. Viaje recreativo y pintoresco, obra amena, los hombres, leyendas, monumentos, propiedades esparcidas en cada localidad, calculadamente interesante, producciones, curiosidades, costumbres, etc. —Obra ilustrada con grabados sobrevalidos en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.° mayor, ó 384 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitara el adquirirlas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO
Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Guaiterio, por D. Juan Justo Ulpes.

Dos tomos en 4.° muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre hoj representando los principales asuntos de la obra, á 7½ rs. en pasta.—También se facilita el adquirirlos por suscricion, tomando, á conocimiento del interesado, las 176 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletin semanal de la Obra de la Propagacion de la Fé, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 30 rs. en media pasta.

GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de biografías representando los personajes mas notables de la edad de oro, de su Santidad Martir, de la Iglesia militante y de los Santos; con texto al dorso, por el mismo autor de la obra intitulada Viaje recreativo y pintoresco, por los Reyes, P. M. Fray José María Rodriguez, General de la Orden de la Merced, D. Rafael de Vinuesa, Cura párroco de la parroquia de la Concepcion de Jesuitas, Sevilla, etc. —Obra ilustrada con grabados de la parroquia de San Juan, en Granada (Andalucía). Monumento elevado a nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los consolaciones é ilustraciones católicas Españolas y Ultramarinas. Con aprobación del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 32 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al lomo, ó 40 entregas de 4 láminas cada una, á 3 rs. les la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS.

ó signos, apariciones y predicaciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la actualidad en el siglo XIX, y hoja de aprobacion del Papa de los tiempos, por el profesor J. M. Enrique, de la diócesis de Mataró, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Merced, miembro correspondiente de la Sociedad Isabelina de Nuestra Señora de Paracuellos (Jaen), corregida y aumentada. Traducida al español por Alfonso Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, consiliario de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Prosinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, &c. &c.

Dos voluminosos tomos en 4.° mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografías representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de fólio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 84 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en fólio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geografica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.° mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO
Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.° muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscricion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletin semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en fólio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografías representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodriguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en fólio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.° mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.